

ATISBANDO POR LA VENTANA

Por la Sra. E. A. Kay

Daniel se sentía muy solo. Todos sus mejores amigos se habían ido a la escuela; sin embargo su madre pensaba que él era todavía demasiado pequeño para ir. Durante un largo rato Daniel contempló la escuela desde lejos, pero luego se fue acercando y acercando. Pronto se arrimó más y comenzó a atisbar por el agujero de la pared que servía de ventana. ¡Cuán felices parecían sentirse todos sus amiguitos! Estaban escuchando tan atentamente que no oyeron cuando se quebró la tabla sobre la cual estaba parado, de donde cayó al suelo. No obstante, la maestra salió para ver lo que había ocurrido. ¡Pobre Daniel! No había tenido tiempo de levantarse del suelo; y cuando levantó la cabeza, vio que la maestra lo estaba mirando.

-Muchachito -le dijo ella- ¿por qué estás ahí sentado?

-Y-y-y... yo... yo... estaba mirando por la ventana, señorita -respondió Daniel- hasta que esta tabla se quebró y me caí.

-¿Por qué estabas mirando por la ventana'? -le preguntó la maestra.

-Porque quería ver lo que estaban haciendo mis amigos. Los extraño y quiero jugar con ellos.

-Ellos están escuchando una historia -le dijo la maestra- una historia acerca de Jesús. ¿Te gustaría entrar y escucharla también?

-¡Oh, sí, señorita! ¿Puedo? -preguntó Daniel poniéndose de pie de un salto.

-Ven, pero tienes que quedarte muy quieto -lo instruyó la maestra.

Daniel entró en puntillas detrás de la maestra y se sentó en un banquito de madera que la maestra le asignó.

Después de eso, Daniel seguía a los niños todas las mañanas, y cuando empezaban las clases, él atisbaba por la ventana hasta que la maestra le indicaba que pasara y se sentara en el banco. Cada mañana escuchaba la historia bíblica que se contaba en la escolita adventista. Nunca antes había oído hablar de Jesús, pero ahora le encantaban las historias. ¡Y cómo le gustaba cantar los cantos con los niños!

Ansiosamente aprendía las lecciones que la maestra trataba de enseñarle a los niños, y con determinación procuraba vivir esas lecciones en su vida.

Cierto día cuando entró en su casa, vio a su madre cocinando carne que no era limpia.

-Mamá, yo no puedo comer esa carne -dijo Daniel.

-¿De qué estás hablando, Daniel? -le preguntó sorprendida su madre--. ¡Esto es un manjar para nosotros!

-La maestra me dijo en la escuela que eso no es bueno para nosotros, y que no debíamos comerlo -replicó Daniel.

Su madre estaba muy sorprendida, pero se mostró muy interesada por escuchar lo que Daniel había aprendido. Había notado un cambio en su hijo, aunque no podía entender por qué. Quizá ésa era la razón. De manera que cada mañana, cuando Daniel iba a la escuela y se paraba al lado de la ventana, su madre lo acompañaba. Se escondía para que la maestra no la viera, pero escuchaba cuidadosamente para oír lo que tanto interesaba al niño. Después de un tiempo, la maestra se dio cuenta de que la madre estaba allí y salió para conversar con ella. Cuando comprendió por qué estaba allí, le preguntó si no le gustaría asistir a la escuela sabática el sábado siguiente y llevar con ella a Daniel. La madre estuvo de acuerdo en hacerlo. Ahora Daniel, su madre y su padre vienen a la iglesia y disfrutan de las historias y de los cantos que hablan del amor de Jesús. Daniel anhela que llegue el día cuando pueda ir al Colegio de Mountain View. Quiere ser un maestro como esa maestra que le enseñó las historias de Jesús a quien él ama.